

Bestseller de *The New York Times*

# NASSIM NICHOLAS TALEB



## EL CISNE NEGRO

EL IMPACTO DE LO ALTAMENTE IMPROBABLE

PAIDÓS

**NASSIM NICHOLAS TALEB**

# **EL CISNE NEGRO**

---

El impacto de lo altamente  
improbable

Edición revisada y con nuevo  
posfacio del autor

**PAIDÓS Contextos**

Título original: *The Black Swan*, de Nassim Nicholas Taleb

1.<sup>a</sup> edición, 2008

1.<sup>a</sup> edición de la edición ampliada y revisada, noviembre de 2011

1.<sup>a</sup> edición en esta presentación, mayo de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Nassim Nicholas Taleb, 2007

Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Roc Filella, 2008

© de la traducción de las actualizaciones, Albino Santos Mosquera, 2011

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-4241-7

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 5.008-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



# SUMARIO

Agradecimientos de la primera edición . . . . .	17
Prólogo . . . . .	23
<i>Del plumaje de las aves</i> . . . . .	23
Lo que no sabemos . . . . .	26
Expertos y «trajes vacíos» (farsantes) . . . . .	27
Aprender a aprender . . . . .	28
<i>Un nuevo tipo de ingratitud</i> . . . . .	30
<i>La vida es muy inusual</i> . . . . .	32
<i>Platón y el estudioso obsesivo</i> . . . . .	33
<i>Demasiado soso para escribir sobre ello</i> . . . . .	34
Resumen . . . . .	36
Los capítulos . . . . .	37

## PRIMERA PARTE

### La antibiblioteca de Umberto Eco, o de cómo buscamos la validación

1. El aprendizaje de un escéptico empírico . . . . .	43
<i>Anatomía de un Cisne Negro</i> . . . . .	43
De sabérselas ingeniar . . . . .	46
El «paraíso» esfumado . . . . .	47
La noche estrellada . . . . .	48
<i>La historia y el terceto de la opacidad</i> . . . . .	49
Nadie sabe qué pasa . . . . .	49
La historia no gatea: da saltos . . . . .	51
Querido diario: de la historia en sentido inverso . . . . .	53
Educación en un taxi . . . . .	56

<i>Los grupos</i> . . . . .	57
¿Dónde está el espectáculo? . . . . .	60
<i>Cuatro kilos y medio después</i> . . . . .	61
La palabra malsonante de la independencia . . . . .	64
Filósofo de limusina . . . . .	65
2. El Cisne Negro de Yevguenia . . . . .	67
3. El especulador y la prostituta . . . . .	71
<i>El mejor (peor) consejo</i> . . . . .	71
<i>Cuidado con lo escalable</i> . . . . .	74
La llegada de la escalabilidad . . . . .	74
<i>La escalabilidad y la globalización</i> . . . . .	77
<i>Viajes al interior de Mediocristán</i> . . . . .	78
El extraño país de Extremistán . . . . .	79
Extremistán y el conocimiento . . . . .	80
Salvaje y suave . . . . .	81
La tiranía del accidente . . . . .	82
4. Los mil y un días, o de cómo no ser imbécil . . . . .	85
<i>Cómo aprender del pavo</i> . . . . .	87
Formados para ser sosos . . . . .	90
El Cisne Negro guarda relación con el conocimiento . . . . .	92
<i>Breve historia del problema del Cisne Negro</i> . . . . .	93
Sexto el (lamentablemente) Empírico . . . . .	94
Algazel . . . . .	95
El escéptico, amigo de la religión . . . . .	96
No quiero ser pavo . . . . .	97
Quieren vivir en Mediocristán . . . . .	98
5. La confirmación, la dichosa confirmación . . . . .	101
No todos los <i>zoogles</i> son <i>boogles</i> . . . . .	103
Las pruebas . . . . .	106
<i>El empirismo negativo</i> . . . . .	107
Contar hasta tres . . . . .	109

¡Vi otro Mini rojo! . . . . .	111
No todo . . . . .	112
Regreso a Mediocristán . . . . .	113
6. La falacia narrativa . . . . .	115
<i>De las causas de mi rechazo a las causas</i> . . . . .	115
<i>Partir el cerebro en dos</i> . . . . .	117
Un poco más de dopamina . . . . .	121
La regla de Andrei Nikoláyevich. . . . .	122
Una mejor forma de morir . . . . .	124
<i>Recuerdo de las cosas no tan pasadas.</i> . . . . .	125
La narración del loco . . . . .	126
Narrativa y terapia . . . . .	128
<i>Equivocarse con una precisión infinita.</i> . . . . .	129
La ciencia desapasionada . . . . .	131
<i>Lo sensacional y el Cisne Negro</i> . . . . .	132
La ceguera del Cisne Negro . . . . .	133
La fuerza de lo sensacional . . . . .	136
<i>Los atajos.</i> . . . . .	138
Cuidado con el cerebro. . . . .	140
Cómo evitar la falacia narrativa . . . . .	141
7. Vivir en la antecámara de la esperanza . . . . .	143
<i>La crueldad de los iguales</i> . . . . .	143
Cuando lo relevante es lo sensacional . . . . .	146
Las no linealidades. . . . .	147
Proceso sobre los resultados. . . . .	148
La naturaleza humana, la felicidad y las recompensas desiguales . . . . .	150
La antecámara de la esperanza . . . . .	151
Ebrio de esperanza . . . . .	152
La dulce trampa de la expectativa. . . . .	153
Cuando necesitamos la fortaleza Bastiani . . . . .	153
<i>El desierto de los tártaros.</i> . . . . .	154
Sangrar o estallar . . . . .	156

8. La suerte a toda prueba de Giacomo Casanova: el problema de las pruebas silenciosas . . . . .	161
<i>La historia de los fieles abogados</i> . . . . .	161
<i>El cementerio de las letras</i> . . . . .	164
Cómo hacerse millonario en diez pasos. . . . .	167
<i>Un gimnasio para ratas.</i> . . . . .	169
Sesgos despiadados . . . . .	170
Más aplicaciones ocultas. . . . .	171
La evolución del cuerpo del nadador . . . . .	172
<i>Lo que se ve y lo que no se ve</i> . . . . .	173
Los médicos . . . . .	175
<i>La protección estilo teflón de Giacomo Casanova.</i> . . . . .	176
«Soy amante de los riesgos» . . . . .	179
<i>Soy un Cisne Negro: el sesgo antrópico</i> . . . . .	182
El porqué superficial . . . . .	184
9. La falacia lúdica, o la incertidumbre del estudioso obsesivo . . . . .	187
<i>Tony el Gordo</i> . . . . .	187
John el no brooklyniano. . . . .	188
<i>Almuerzo en el lago de Como</i> . . . . .	191
La incertidumbre del estudioso obsesivo. . . . .	193
Jugar con el dado malo. . . . .	196
<i>Resumen de la primera parte</i> . . . . .	198
Emerge lo superficial . . . . .	198
La distancia de los primates. . . . .	199

## SEGUNDA PARTE

### Simplemente no podemos predecir

<i>De Yogi Berra a Henri Poincaré</i> . . . . .	206
10. El escándalo de la predicción . . . . .	207
<i>De la vaguedad del recuento de amantes de Catalina</i> . . . . .	208
<i>Recuperación de la ceguera del Cisne Negro</i> . . . . .	212
Adivinar y predecir . . . . .	213

<i>La información es mala para el conocimiento</i> . . . . .	213
<i>El problema del experto, o la tragedia del farsante</i> . . . . .	217
Lo que se mueve y lo que no se mueve . . . . .	217
Cómo ser el último en reír . . . . .	220
Los sucesos son estrafalarios . . . . .	222
Apiñarse como el ganado . . . . .	222
«Casi» estaba en lo cierto . . . . .	224
¿La realidad? ¿Para qué? . . . . .	227
«Otro que no sea éste», eso estuvo bien . . . . .	230
La belleza de la tecnología: las hojas de cálculo de Excel . . . . .	232
El carácter de los errores de predicción. . . . .	234
<i>No cruces el río si tiene, de media, un metro de profundidad</i> . . . . .	235
Búscate otro trabajo . . . . .	238
En JFK . . . . .	239
11. <i>Cómo buscar caca de pájaro</i> . . . . .	241
<i>Cómo buscar caca de pájaro</i> . . . . .	241
Descubrimientos inesperados . . . . .	242
Una solución a la espera de un problema . . . . .	246
Seguir investigando . . . . .	247
<i>Cómo predecir nuestras predicciones</i> . . . . .	248
<i>La enésima bola de billar</i> . . . . .	251
Decoro al estilo Tercera República . . . . .	252
El problema de los tres cuerpos . . . . .	254
Siguen ignorando a Hayek . . . . .	258
Cómo no ser un estudioso obsesivo . . . . .	261
El libertarismo académico . . . . .	263
Predicción y libre albedrío . . . . .	263
<i>El verdazul de la esmeralda</i> . . . . .	266
<i>Esa gran máquina de la predicción</i> . . . . .	269
12. <i>La epistemocracia, un sueño</i> . . . . .	271
Monsieur de Montaigne, epistemócrata . . . . .	271
La epistemocracia . . . . .	273
<i>El pasado del pasado y el futuro del pasado</i> . . . . .	274
Predicción, falsa predicción y felicidad . . . . .	276

Heleno y las profecías inversas . . . . .	277
El cubito que se derrite . . . . .	277
Una vez más, la información incompleta . . . . .	279
Eso que llaman conocimiento . . . . .	280
13. Apeles el pintor, o qué hacemos si no podemos predecir . . . . .	283
<i>Aconsejar es barato, muy barato</i> . . . . .	283
Estar loco en los lugares precisos . . . . .	284
Estar preparado . . . . .	285
<i>La idea de accidente positivo</i> . . . . .	285
La volatilidad y el riesgo del Cisne Negro . . . . .	287
La estrategia de la haltera . . . . .	287
«Nadie sabe nada». . . . .	288
La gran asimetría . . . . .	294

### TERCERA PARTE

#### Aquellos cisnes grises de Extremistán

14. De Mediocristán a Extremistán, ida y vuelta . . . . .	301
El mundo es injusto . . . . .	301
El efecto Mateo . . . . .	302
Lingua franca. . . . .	305
Ideas y plagas . . . . .	306
<i>Nadie está a salvo en Extremistán</i> . . . . .	307
Un francés de Brooklyn . . . . .	308
La cola larga. . . . .	310
La globalización ingenua . . . . .	313
<i>Cambios para alejarse de Extremistán</i> . . . . .	315
15. La curva de campana, ese gran fraude intelectual . . . . .	317
<i>Lo gaussiano y lo mandelbrotiano</i> . . . . .	317
El incremento en la disminución . . . . .	319
Lo mandelbrotiano . . . . .	320
Lo que hay que recordar . . . . .	322
La desigualdad . . . . .	323
Extremistán y la regla del 80/20 . . . . .	324

El árbol y el bosque . . . . .	325
De cómo tomar café puede ser algo seguro . . . . .	326
El amor a las certezas . . . . .	328
De cómo provocar catástrofes . . . . .	329
<i>El monstruo medio de Quételet</i> . . . . .	330
La áurea mediocridad . . . . .	331
El error de Dios . . . . .	332
Poincaré de nuevo . . . . .	333
Eliminar la influencia injusta . . . . .	334
«Los griegos lo hubieran deificado» . . . . .	334
Sólo «sí o no», por favor . . . . .	335
<i>Un experimento de pensamiento (literario) sobre la procedencia de la curva de campana</i> . . . . .	336
Esos supuestos reconfortantes . . . . .	341
«La ubicuidad de la campana de Gauss» . . . . .	342
16. La estética de lo aleatorio . . . . .	345
<i>El poeta de lo aleatorio</i> . . . . .	345
<i>La platonicidad de los triángulos</i> . . . . .	348
La geometría de la naturaleza . . . . .	349
La fractalidad . . . . .	350
Aproximación visual a Extremistán/Mediocristán . . . . .	352
Perlas al cerdo . . . . .	354
<i>La lógica de la aleatoriedad fractal (con una advertencia)</i> . . . . .	356
El problema del límite superior . . . . .	359
Cuidado con la precisión . . . . .	360
Regreso al charco de agua . . . . .	360
De la representación a la realidad . . . . .	362
<i>Una vez más, cuidado con los vaticinadores</i> . . . . .	364
De nuevo, una buena solución . . . . .	365
<i>¿Dónde está el cisne gris?</i> . . . . .	366
17. Los locos de Locke, o las curvas de campana en los lugares equivocados . . . . .	369
Sólo cincuenta años . . . . .	370
La traición del empleado . . . . .	371

Cualquiera puede llegar a presidente . . . . .	372
Más horror . . . . .	374
La confirmación . . . . .	377
<i>No era más que un Cisne Negro</i> . . . . .	378
Cómo «demostrar» las cosas . . . . .	379
18. La incertidumbre del farsante . . . . .	383
<i>Restauración de la falacia lúdica.</i> . . . .	383
Encontrar al farsante . . . . .	384
¿Los filósofos pueden ser peligrosos para la sociedad? . . . . .	385
El problema de la práctica . . . . .	386
¿Cuántos Wittgenstein pueden bailar en la cabeza de un alfiler? . . . . .	386
¿Dónde está Popper cuando se le necesita? . . . . .	388
El obispo y el analista . . . . .	389
Más fácil de lo que pensamos: el problema de la decisión bajo el escepticismo . . . . .	389

#### CUARTA PARTE

##### Fin

19. Mitad y mitad, o cómo ser ecuánime con el Cisne Negro . . . . .	393
<i>Cuando perder el tren es inocuo</i> . . . . .	395
<i>Fin</i> . . . . .	396
Epílogo. Los Cisnes Blancos de Yevguenia. . . . .	397
Posfacio: De la robustez y la fragilidad . . . . .	399
Glosario . . . . .	499
Notas . . . . .	505
Bibliografía. . . . .	535
Índice analítico y de nombres . . . . .	585

## **PRIMERA PARTE**

---

### **La antibiblioteca de Umberto Eco, o de cómo buscamos la validación**

El escritor Umberto Eco pertenece a esa reducida clase de eruditos que son enciclopédicos, perspicaces y amenos. Posee una extensa biblioteca personal (con más de treinta mil libros), y divide a los visitantes en dos categorías: aquellos que reaccionan con un «¡Oh! *Signore professore dottore* Eco, ¡vaya biblioteca tiene usted! ¿Cuántos libros de éstos ha leído?», y los demás —una minoría muy reducida—, que saben que una biblioteca privada no es un apéndice para estimular el ego, sino una herramienta para la investigación. Los libros leídos tienen mucho menos valor que los no leídos. Nuestra biblioteca debería contener tanto de *lo que no sabemos* como nuestros medios económicos, la hipoteca y el actual mercado activo, competitivo y con escasa variación de precios de la propiedad inmobiliaria nos permitieran colocar. Acumularemos más conocimientos y más libros a medida que nos hagamos mayores, y el número creciente de libros no leídos sobre los estantes nos mirará con gesto amenazador. En efecto, cuanto más sabemos, más largas son las hileras de libros no leídos. A esta serie de libros no leídos la vamos a llamar *antibiblioteca*.

Tendemos a tratar nuestros conocimientos como una propiedad personal que se debe proteger y defender. Es un adorno que nos permite ascender en la jerarquía social. De modo que esta tendencia a herir la sensibilidad de la biblioteca de Eco al centrarse en lo conocido es un sesgo humano que se extiende a nuestras operaciones mentales. Las personas no van por ahí con anticurrículum *vítæ* en que se nos cuente lo que no han estudiado ni experimentado (una tarea que corresponde a sus competidores), pero sería bonito que lo hicieran. Del mismo modo que necesitamos darle la vuelta a la lógica de la biblioteca, nos ocuparemos de dársela al propio conocimiento. Observemos que el Cisne Negro procede de nuestra falsa comprensión de la probabilidad de las sorpresas, de esos libros no leídos, porque nos tomamos un poco demasiado en serio lo que sabemos.

En los capítulos de este apartado abordaremos la cuestión de cómo los seres humanos nos ocupamos del conocimiento, y de nuestra preferencia por lo anecdótico sobre lo empírico. El capítulo 1 expone al Cisne Negro asentado en la historia de mi propia obsesión. Haré una distinción fundamental entre dos variedades de lo aleatorio en el capítulo 3. A continuación, en el capítulo 4, volveré brevemente al problema del Cisne Negro en su forma original: cómo tendemos a generalizar a partir de lo que vemos. Luego expongo tres facetas del mismo problema del Cisne Negro: a) *el error de la confirmación*, o de cómo tendemos a desdeñar sin motivo la parte virgen de la biblioteca (la costumbre de fijarnos en lo que confirma nuestros conocimientos, no nuestra ignorancia), en el capítulo 5; b) *la falacia narrativa*, o de cómo nos engañamos con historias y anécdotas (capítulo 6); c) de cómo los sentimientos se entrometen en nuestras inferencias (capítulo 7); y d) *el problema de las pruebas silenciosas*, o los trucos que la historia emplea para ocultarnos los Cisnes Negros (capítulo 8). El capítulo 9 se ocupa de la letal falacia de construir el conocimiento a partir del mundo de los juegos.

# CAPÍTULO 1

---

## El aprendizaje de un escéptico empírico

*Anatomía de un Cisne Negro - El terceto de la opacidad - Leer los libros del final al principio - El retrovisor - Todo se puede explicar - Hable siempre con el conductor (con precaución) - La historia no gatea: da saltos - ¡Fue tan inesperado! - Dormir doce horas seguidas*

Este libro no es una autobiografía, de modo que me voy a saltar las escenas de guerra. En realidad, aun en el caso de que fuese una autobiografía, me saltaría igualmente esas escenas. No puedo competir con las películas de acción ni con las memorias de aventureros más consumados que yo, así que me voy a ceñir a mis especialidades: la oportunidad y la incertidumbre.

### ANATOMÍA DE UN CISNE NEGRO

Durante más de un milenio, la costa mediterránea oriental llamada Siria Libanensis, o Monte Líbano, supo albergar al menos una docena de sectas, etnias y creencias diferentes (fue algo parecido a la magia). Aquel territorio se parecía más a las principales ciudades del Mediterráneo oriental (llamado Levante) que a otras partes del interior de Oriente Próximo (era más fácil moverse en barco que por tierra, atravesando el montañoso terreno). Las ciudades levantinas eran mercantiles por naturaleza; las personas negociaban entre ellas de acuerdo con un protocolo claro, preservando así una paz que alentaba el comercio, y la socialización entre las comunidades era notable. Esos mil años de paz sólo fueron interrumpidos por alguna pequeña fricción ocasional acaecida *dentro* de las comunidades musulmana y cristiana, raramente entre musulmanes y cristianos. Las ciudades eran mercantiles y ante todo helenistas; en cambio en las montañas

se habían asentado múltiples minorías religiosas que decían haber huido tanto de la ortodoxia bizantina como de la musulmana. Un territorio montañoso es el refugio ideal para quienes se salen de lo común, con la salvedad de que el enemigo es el otro refugiado que compite por el mismo tipo de escarpada propiedad inmobiliaria. El mosaico de culturas y religiones de la zona se consideraba un ejemplo de coexistencia: cristianos de todas las variedades (maronitas, armenios, ortodoxos bizantinos greco-sirios, incluso católicos bizantinos, además de los pocos católicos romanos que habían dejado las Cruzadas), musulmanes (chiitas y sunitas), drusos y algunos judíos. Se daba por supuesto que allí la gente aprendía a ser tolerante; recuerdo que en la escuela nos enseñaban que nosotros éramos mucho más civilizados y sabios que las comunidades de los Balcanes, cuyos habitantes no sólo no se bañaban, sino que eran presa de luchas facciosas. Parecía que estábamos en una situación de equilibrio estable, debido a una tendencia histórica hacia la mejora y la tolerancia. Los términos *equilibrio* y *calma* eran de uso habitual.

Las dos ramas de mi familia procedían de la comunidad greco-siria, el último asentamiento bizantino del norte de Siria, que incluía lo que hoy se llama Líbano. Tengamos en cuenta que los bizantinos se referían a sí mismos como «romanos», *roumi* (plural *roum*) en las lenguas locales. Somos originarios de la zona de olivares que se extiende a los pies del Monte Líbano (perseguíamos a los cristianos maronitas por las montañas en la famosa batalla de Amioun, el pueblo de mis ancestros). Desde la invasión árabe del siglo VII, habíamos vivido en paz mercantil con los musulmanes, aunque sufrimos algún ataque esporádico por parte de los cristianos maronitas libaneses asentados en las montañas. Gracias a cierto acuerdo (literalmente) bizantino entre los gobernantes árabes y los emperadores bizantinos, nos las arreglamos para pagar impuestos a ambas partes y contar con la protección de una y otra. Así conseguimos vivir en paz durante más de mil años prácticamente sin sufrir baños de sangre: nuestro último problema grave fueron los alborotadores cruzados finales, no los árabes musulmanes. Los árabes, quienes parecían estar interesados sólo en la guerra (y la poesía) y, después, los turcos otomanos, a quienes parecía que únicamente les interesaba la guerra (y el placer), nos legaron el poco interesante objetivo del comercio y el menos peligroso de la erudición (como la traducción de textos arameos y griegos).

Fuera como fuese, el país llamado Líbano, al que de repente nos vimos incorporados tras la caída del Imperio otomano a principios del siglo xx, parecía un paraíso estable; además, estaba configurado de forma que fuera predominantemente cristiano. De repente a la gente les lavaron el cerebro para que creyeran en el Estado-nación como una entidad.\* Los cristianos se convencieron a sí mismos de que estaban en el origen y el centro de lo que en sentido amplio se llama cultura occidental, aunque con una ventana hacia Oriente. En un caso clásico de pensamiento estático, nadie tuvo en cuenta las diferenciales en la tasa de natalidad entre las comunidades, y se dio por supuesto que aquella pequeña minoría cristiana sería permanente. A los levantinos se les había concedido la ciudadanía romana, lo cual permitió a un sirio como san Pablo viajar libremente por el mundo antiguo. La gente se sentía unida a todo aquello a lo que merecía la pena estar unido; el lugar estaba exageradamente abierto al mundo, tenía un modo de vida muy sofisticado, una economía próspera y un clima semejante al de California, con unas montañas cubiertas de nieve que se levantaban sobre el Mediterráneo. Esa tierra atrajo a una serie de espías (tanto soviéticos como occidentales), prostitutas (rubias), escritores, poetas, traficantes de drogas, aventureros, jugadores empedernidos, tenistas, *après-esquiadores* y comerciantes; profesiones todas ellas que se complementan mutuamente. Mucha gente se comportaba como si estuviera en una película de James Bond, o en los tiempos en que los *playboys* fumaban, bebían y, en vez de acudir al gimnasio, cultivaban sus relaciones con los buenos sastres.

Allí estaba el principal atributo del paraíso: se decía que los taxistas eran educados (aunque, por lo que yo recuerdo, conmigo no lo fueran). Es verdad que, visto con la sabiduría que da la experiencia, aquel territorio parecía, en el recuerdo de las personas, más élíseo de lo que realmente era.

Yo era demasiado joven para degustar los placeres de aquel lugar, pues me convertí en un idealista rebelde y, muy pronto, desarrollé un gusto ascético, contrario a las ostentaciones que demostraban riqueza, alérgico a la evidente persecución del lujo de la cultura levantina y a su obsesión por todo lo monetario.

\* Hay que destacar con qué rapidez y eficacia se puede construir una nacionalidad con una bandera, unos cuantos discursos y un himno nacional; hasta ahora he evitado la etiqueta de «libanés», y prefiero la designación menos restrictiva de «levantino».

Ya de adolescente, estaba ansioso por mudarme a una metrópoli donde pulularan menos tipos al estilo James Bond. Pero recuerdo algo que se tenía por especial en el ámbito intelectual. Asistí al liceo francés, que tenía una de las tasas de éxito más elevadas en la obtención del *baccalauréat* francés (el título de educación secundaria postobligatoria), incluso en la asignatura de Francés. Allí se hablaba el francés con bastante corrección; como en la Rusia prerrevolucionaria, la clase patricia cristiana y judía (desde Estambul a Alejandría) hablaba y escribía en francés formal como signo de distinción lingüística. A los más privilegiados se les mandaba a estudiar a Francia, como ocurrió con mis dos abuelos: mi homónimo paterno en 1912, y el padre de mi madre en 1929. Doscientos años antes, por el mismo instinto de distinción lingüística, los esnobs patricios levantinos escribían en griego, y no en el arameo propio del lugar. (El Nuevo Testamento fue escrito en el mal griego que hablaban los patricios de nuestra capital, Antioquia, lo que llevó a Nietzsche a clamar: «Dios hablaba un mal griego».) Y, con el declive del helenismo, recurrieron al árabe. Así pues, además de considerarlo un «paraíso», del lugar se decía también que era un milagroso cruce de caminos de las que con mucha superficialidad se denominan culturas «oriental» y «occidental».

### *De sabérselas ingeniar*

Mis principios quedaron configurados cuando, a los quince años, fui encarcelado por (presuntamente) atacar a un policía con un trozo puntiagudo de cemento durante unos disturbios estudiantiles; un incidente que tuvo extrañas ramificaciones, ya que en aquel entonces mi abuelo era ministro del Interior y, por tanto, la persona que firmó la orden de aplastar nuestra revuelta. Uno de los alborotadores murió abatido por un policía que presa del miedo, al ser herido con una piedra en la cabeza, empezó a disparar contra nosotros. Recuerdo que estaba en el centro de los disturbios, y que me sentí muy satisfecho cuando me detuvieron, mientras que mis amigos temían por igual la prisión y a sus padres. Atemorizamos al gobierno hasta el punto de que se nos amnistió.

Demostrar la capacidad de actuar según los propios principios, y no ceder ni un milímetro para evitar «ofender» o molestar a los demás, tenía

algunas ventajas evidentes. Yo estaba enfurecido y no me importaba lo que mis padres (y mi abuelo) pensarán de mí. Esto hizo que me tuvieran cierto miedo, de modo que no podía permitirme echarme atrás, ni siquiera titubear. Si hubiera ocultado mi participación en los disturbios (como hicieron muchos amigos) y me hubiesen descubierto, en vez de mostrarme abiertamente desafiante, estoy seguro de que me habrían tratado como a una oveja negra. Una cosa es desafiar superficialmente a la autoridad vistiéndose de forma poco convencional —lo que los científicos y economistas llaman «fácil señalización»— y otra es mostrarse dispuesto a llevar las ideas a la acción.

A mi tío paterno no le preocupaban demasiado mis ideas políticas (unas ideas que van y vienen); lo que le desesperaba era que las utilizara como excusa para vestir de cualquier manera. Para él, la falta de elegancia en un familiar cercano era una ofensa mortal.

El conocimiento público de mi detención generó otro beneficio importante: me permitió evitar los habituales signos externos de la rebelión adolescente. Descubrí que es más efectivo comportarse como un buen chico y ser «razonable» si demuestras que quieres ir más allá de la simple verborrea. Te puedes permitir ser compasivo, poco estricto y educado si, alguna que otra vez, cuando menos se espera de ti, pero con plena justificación, demandas a alguien o atacas con fiereza a un enemigo, sólo para demostrar que sabes arreglártelas.

### *El «paraíso» esfumado*

El «paraíso» libanés se esfumó de repente, después de unas cuantas balas y obuses. Pocos meses después de mi episodio carcelario, con cerca de trece siglos de una destacada coexistencia étnica, un Cisne Negro, salido de la nada, transformó el cielo en un infierno. Se inició una terrible guerra civil entre cristianos y musulmanes, incluidos los refugiados palestinos, que se unieron al bando musulmán. Fue algo brutal, ya que los combates se libraban en el centro de las ciudades y la mayor parte de los enfrentamientos tenían lugar en zonas residenciales (mi instituto estaba a sólo unos cientos de metros de la zona de guerra). El conflicto se prolongó más de quince años; no voy a entrar en detalles. Puede que la invención de la arti-

lleva pesada y las armas potentes convirtiera lo que en la época de la espada hubiera sido sólo una situación tensa en una espiral incontrolable de represalias bélicas.

Aparte de la destrucción física (que resultó ser de fácil solución gracias a unos cuantos contratistas motivados, políticos sobornados y accionistas ingenuos), la guerra se llevó gran parte de la corteza de sofisticación que había hecho de las ciudades levantinas un centro permanente de gran refinamiento intelectual durante tres mil años. Los cristianos habían ido abandonando aquella tierra desde los tiempos de los otomanos; los que se fueron a Occidente se bautizaron con nombres occidentales y se fusionaron con la nueva sociedad. Su éxodo se aceleró. La cantidad de personas cultas bajó hasta un nivel crítico. Súbitamente, aquel territorio se convirtió en un vacío. Es difícil recuperarse de la fuga de cerebros, y es posible que parte del antiguo refinamiento se haya perdido para siempre.

### *La noche estrellada*

La próxima vez que el lector sufra un apagón, aprovéchelo para gozar del cielo estrellado. No lo reconocerá. Durante la guerra, los apagones eran frecuentes en Beirut. Antes de que la gente se comprara sus propios generadores, una parte del cielo estaba despejada por la noche, gracias a la ausencia de contaminación lumínica. Era la parte de la ciudad más alejada de la zona de combate. No existía la televisión, y las personas iban en coche a contemplar la erupción de luces de las batallas nocturnas. Se diría que preferían arriesgarse a que un obús las hiciera saltar por los aires al aburrimiento de toda una noche sin aliciente alguno.

Así que se podían ver las estrellas con toda claridad. En el instituto me habían dicho que se encuentran en un estado llamado de *equilibrio*, de manera que no teníamos por qué temer que se nos vinieran encima inesperadamente. Para mí, aquello tenía una inquietante semejanza con las historias que nos contaban sobre la «singular estabilidad» de Líbano. La propia idea de un supuesto equilibrio me preocupaba. Miraba las constelaciones del cielo y no sabía qué pensar.

## LA HISTORIA Y EL TERCETO DE LA OPACIDAD

La historia es opaca. Se ve lo que aparece, no el guión que produce los sucesos, el generador de la historia. Nuestra forma de captar estos sucesos es en buena medida incompleta, ya que no vemos qué hay dentro de la caja, cómo funcionan los mecanismos. Lo que denomino generador de sucesos históricos no equivale a los propios sucesos, del mismo modo que para leer la mente de los dioses no basta con ser testigos de sus actos. Es muy probable que estemos engañados en lo que a sus intenciones se refiere.

Esta desconexión se asemeja a la diferencia que existe entre la comida que vemos sobre la mesa de un restaurante y el proceso que podamos observar en la cocina. (La última vez que fui a almorzar a cierto restaurante chino de Canal Street, en el centro de Manhattan, vi salir una rata de la cocina.)

La mente humana padece tres trastornos cuando entra en contacto con la historia, lo que yo llamo el *terceto de la opacidad*. Son los siguientes:

- a) la ilusión de comprender, o cómo todos pensamos que sabemos lo que pasa en un mundo que es más complicado (o aleatorio) de lo que creemos;
- b) la distorsión retrospectiva, o cómo podemos evaluar las cosas sólo después del hecho, como si se reflejaran en un retrovisor (la historia parece más clara y más organizada en los libros que en la realidad empírica); y
- c) la valoración exagerada de la información factual y la desventaja de las personas eruditas y con autoridad, en particular cuando crean categorías, cuando «platonifican».

### *Nadie sabe qué pasa*

El primer componente del terceto es el vicio de pensar que el mundo en que vivimos es más comprensible, más explicable y, por consiguiente, más predecible de lo que en realidad es.

Los adultos no dejaban de decirme que la guerra, que terminó al cabo de casi diecisiete años, iba a acabar «en cuestión de días». Parecían muy

convencidos de sus predicciones sobre la duración de la guerra, como lo evidenciaba la cantidad de personas que se sentaban en las habitaciones de los hoteles y otros cuarteles temporales de Chipre, Grecia, Francia y otros sitios, a esperar que la guerra terminara. Uno de mis tíos me repetía una y otra vez que, treinta años antes, cuando los palestinos ricos huyeron hacia Líbano, pensaban que se trataba de una *solución* temporal (muchos de aquellos que siguen vivos están aún allí, seis décadas después). Pero cuando le preguntaba si iba a pasar lo mismo con nuestro conflicto, replicaba: «No, claro que no. Este lugar es diferente; siempre ha sido diferente». Al parecer, lo que detectaba en los demás no era aplicable a su caso.

Esta ceguera sobre la duración en los exiliados de mediana edad es una enfermedad muy extendida. Más tarde, cuando decidí evitar la obsesión del exiliado por sus raíces (las raíces del exiliado ahondan demasiado en su personalidad), estudié la literatura del exilio, precisamente para evitar la trampa de una nostalgia obsesiva y corrosiva. Parecía que estos exiliados se habían convertido en prisioneros del recuerdo de unos orígenes idílicos: se sentaban junto a otros prisioneros del pasado y hablaban del viejo país; comían sus platos típicos mientras de fondo se oía su música tradicional. Su mente no dejaba de concebir situaciones contrafactuales, de generar escenarios alternativos que podrían haber acontecido y haber evitado esas rupturas históricas; posibilidades del estilo «si el sha no hubiese nombrado primer ministro a aquel incompetente, aún estaríamos allí». Era como si la ruptura histórica tuviera una causa específica, y que la catástrofe se hubiese podido evitar eliminando *esa* causa concreta. Así que yo intentaba sonsacar a toda persona desplazada con quien me encontrara información sobre su conducta durante el exilio. Casi todos actúan de la misma forma.

Se oyen historias interminables de refugiados cubanos con la maleta aún medio hecha, que llegaron a Miami en la década de 1960 huyendo de una situación cuya solución era «cuestión de días», después de que se instalara el régimen de Castro. Y de refugiados iraníes de París y Londres que huyeron de la República islámica de 1978, pensando que su ausencia no sería más que unas breves vacaciones. Algunos, más de veinticinco años después, siguen esperando el regreso. Muchos rusos que abandonaron el país en 1917, como el escritor Vladimir Nabokov, se asentaron en Berlín, tal vez para estar cerca cuando pudieran regresar, lo cual creían que suce-

dería muy pronto. El propio Nabokov vivió toda su vida en lugares provisionales, tanto en momentos de indigencia como en otros de abundancia y lujo, y acabó sus días en el hotel Montreux Palace, junto al lago de Ginebra.

En todos estos errores de previsión había, claro está, un poco más de ilusión que de realidad, la ceguera de la esperanza, pero también un problema de conocimiento. Era evidente que la dinámica del conflicto libanés había sido imprevisible; sin embargo, el razonamiento de las personas, cuando analizaban los acontecimientos, mostraba una constante: casi todos los que se preocupaban parecían convencidos de que entendían lo que pasaba. Día tras día conocían sucesos que quedaban completamente fuera de lo previsto, pero aquellas personas no podían imaginar que no los habían previsto. Gran parte de lo que sucedió se habría considerado una auténtica locura respecto al pasado. Pero no parecía tan disparatado *después* de que ocurriera lo que ocurrió. Esta verosimilitud retrospectiva produce una disminución de la rareza y el carácter concebible del suceso. Más tarde, observé esa misma ilusión de comprender en el éxito de los negocios y mercados financieros.

### *La historia no gatea: da saltos*

Más adelante, cuando proyectaba de nuevo en mi memoria aquellos tiempos de guerra, al tiempo que formulaba mis ideas sobre la percepción de los sucesos aleatorios, desarrollé la imperiosa percepción de que nuestra mente es una magnífica máquina de explicación, capaz de dar sentido a casi todo, hábil para ensartar explicaciones para todo tipo de fenómenos, y generalmente incapaz de aceptar la idea de la impredecibilidad. Esos sucesos eran inexplicables, pero las personas inteligentes pensaban que podían aportar explicaciones convincentes, a posteriori. Además, cuanto más inteligente era la persona, más sólida parecía la explicación. Lo que resulta más inquietante es que todas estas creencias y versiones parecían ser lógicamente coherentes, sin visos de incongruencia alguna.

Abandoné aquel lugar llamado Líbano siendo aún adolescente, pero, dado que allí permanecía una gran cantidad de amigos y familiares, regresaba a menudo de visita, en especial durante los conflictos bélicos. La gue-

rra no era continua: había períodos de enfrentamientos que soluciones «permanentes» interrumpían. Me sentía más próximo a mis raíces en épocas de conflicto y experimentaba la necesidad imperiosa de regresar y mostrar mi apoyo a los que había dejado atrás, que a menudo se sentían deprimidos por la partida de los demás; envidiaban a los amigos de los buenos tiempos, que disfrutaban de seguridad económica y personal, y podían regresar sólo de vacaciones durante aquellos períodos de calma. Yo me sentía incapaz de leer o escribir cuando estaba fuera de Líbano, mientras mis compatriotas morían; en cambio, paradójicamente, me afectaban menos los sucesos y me sentía con más ánimo para perseguir mis intereses intelectuales sin sentimiento de culpa cuando estaba *en* Líbano. Lo interesante era que las personas se divertían mucho durante la guerra y desarrollaron un gusto mayor aún por el lujo, lo cual hacía que las visitas, pese a la guerra, fueran muy atractivas.

Había algunas preguntas difíciles. ¿Cómo podían haber vaticinado que aquellos que parecían ser modelo de tolerancia se convertirían, de la noche a la mañana, en unos bárbaros sin escrúpulos? ¿Por qué el cambio era tan drástico? Al principio pensaba que quizá la guerra libanesa era realmente imposible de predecir, a diferencia de otros conflictos, y que los levantinos eran una raza demasiado compleja para poder entenderla. Después, poco a poco, y a medida que consideraba los grandes acontecimientos de la historia, me di cuenta de que la regularidad de éstos no es una característica local.

El Levante ha sido una especie de productor en masa de sucesos trascendentales que nadie vio cómo se aproximaban. ¿Quién predijo el auge del cristianismo como religión dominante en la cuenca mediterránea y, más adelante, en el mundo occidental? Los cronistas romanos de aquella época ni siquiera citaban la nueva religión; a los historiadores de la cristiandad les asombra la ausencia de menciones contemporáneas de aquellos tiempos. Al parecer, algunos peces gordos asumieron las ideas de un judío aparentemente herético con la suficiente seriedad para pensar que iba a dejar rastro en la posteridad. Sólo disponemos de una única referencia contemporánea a Jesús de Nazaret —en *La guerra de los judíos*, de Flavio Josefo—, que bien pudo haber añadido más tarde algún devoto copista. ¿Y la religión competidora que surgió siete siglos después? ¿Quién predijo que una serie de jinetes iban a extender su imperio y la ley islámica desde el

subcontinente indio hasta España en tan sólo unos años? Más que el auge de la cristiandad, el fenómeno que conllevaba mayor impredecibilidad era la expansión del islamismo (la tercera edición, por decirlo de algún modo); a muchos historiadores les ha sorprendido la contundencia del cambio. George Duby, por ejemplo, manifestó su sorpresa por la rapidez con que casi diez siglos de helenismo levantino fueron borrados «con un solo golpe de espada». Un posterior titular de la misma cátedra en el Collège de France, Paul Veyne, comparaba con toda autoridad la difusión de las religiones a los «éxitos de ventas», una comparación que indica impredecibilidad. Estos tipos de discontinuidades en la cronología de los acontecimientos no hacían de la historia una profesión fácil: el análisis aplicado y minucioso del pasado no nos dice gran cosa sobre el espíritu de la historia; sólo nos crea la ilusión de que la comprendemos.

La historia y las sociedades no gatean: avanzan a saltos. Van de fisura en fisura, con pocas vibraciones intermedias. Sin embargo, nos gusta (como a los historiadores) creer en lo impredecible, en la pequeña progresión incremental.

Para mí supuso un gran golpe, una creencia que nunca me ha abandonado desde entonces, que no seamos más que una gran máquina que mira hacia atrás, y que los seres humanos sepamos engañarnos con tanta facilidad. Con cada año que pasa, aumenta mi creencia en esta distorsión.

### *Querido diario: de la historia en sentido inverso*

Los sucesos se nos presentan de forma distorsionada. Pensemos en la naturaleza de la información: de los millones, quizá miles de millones, de pequeños hechos que acaecen antes de que se produzca un suceso, resulta que sólo algunos serán después relevantes para nuestra comprensión de lo sucedido. Dado que nuestra memoria es limitada y está filtrada, tendremos a recordar aquellos datos que posteriormente coincidan con los hechos, a menos que seamos como Funes *el memorioso*, el protagonista del relato de Jorge Luis Borges, que no se olvida de nada y parece condenado a vivir con la carga que supone la acumulación de información no procesada. (No consigue vivir mucho tiempo.)

Mi primer encuentro con la distorsión retrospectiva se produjo como sigue. Durante mi infancia fui un lector voraz, aunque nada sistemático; me pasé la primera parte de la guerra en un sótano, sumergiendo cuerpo y alma en todo tipo de libros. La escuela estaba cerrada y llovían obuses mortales. Vivir en un sótano es terriblemente aburrido. Al principio lo que más me preocupaba era cómo combatir el aburrimiento y qué libro leer cuando acabara el que estuviese leyendo,\* aunque estar obligado a leer por carecer de otras actividades no supone el mismo placer que leer por propia voluntad. Quería ser filósofo (y estoy aún en ello), así que pensaba que tenía que hacer una inversión y obligarme a estudiar las ideas de los demás. Las circunstancias me motivaron a estudiar versiones teóricas y generales de guerras y conflictos, intentando penetrar en las entrañas de la historia, introducirme en los mecanismos de esa gran máquina que genera los acontecimientos.

Podrá parecer extraño, pero el libro que me influyó no fue escrito por alguien dedicado a la empresa del pensamiento, sino por un periodista: *Mi diario en Berlín: notas secretas de un corresponsal extranjero, 1934-1941*, de William Shirer. Éste era corresponsal de radio, famoso por su libro *Auge y caída del Tercer Reich*. Me pareció que su *Diario* ofrecía una perspectiva fuera de lo habitual. Yo había leído las obras de Hegel, Marx, Toynbee, Aron y Fichte (o libros sobre ellos), sobre la filosofía de la historia y sus propiedades, y pensaba que tenía una vaga idea del concepto de dialéctica, en la medida en que había algo que entender en esas teorías. No capté gran cosa, excepto que la historia tenía cierta lógica y que los sucesos evolucionaban a través de la contradicción (o los opuestos), de tal forma que elevaban la humanidad a formas superiores de sociedad (o algo así). Esto me parecía muy similar a las teorías que había oído acerca de la guerra de Líbano. Hoy, cuando alguien me hace la ridícula pregunta de qué libros «configuraron mi pensamiento», sorprende al público al decir que ese libro me enseñó (de forma inadvertida) la mayor parte de lo que sé y pienso sobre la filosofía y la historia; y, como veremos, también sobre la ciencia, pues aprendí la diferencia que existe entre los procesos que van hacia delante y los que van hacia atrás.

\* Benoît Mandelbrot, que vivió una experiencia más o menos similar a la misma edad, aunque cerca de cuarenta años antes, recuerda su época de guerra como unos largos periodos de penoso aburrimiento salpicados de momentos de un miedo extremo.